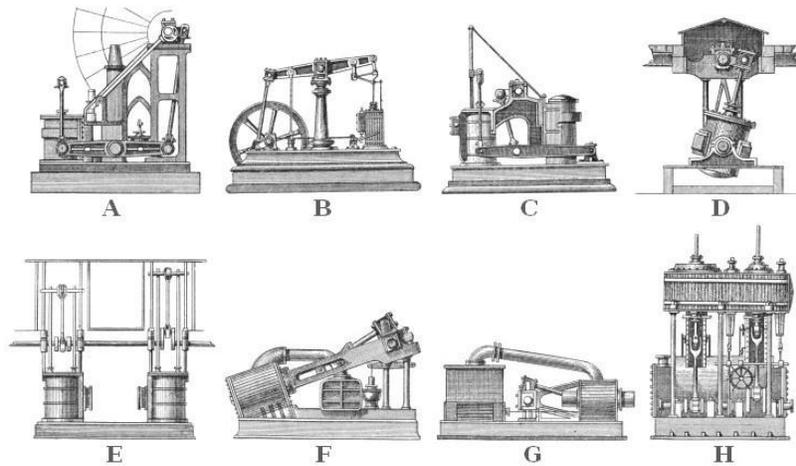


Apocalipsis



Marco Denevi (Argentina, 1922-1998)

La extinción de la raza de los hombres se sitúa aproximadamente a fines del siglo XXXII. La cosa ocurrió así: las máquinas habían alcanzado tal perfección que los hombres ya no necesitaban comer ni dormir ni hablar ni leer ni escribir ni pensar ni hacer nada. Les bastaba apretar un botón y las máquinas lo hacían todo por ellos. Gradualmente fueron desapareciendo las mesas, las sillas, las rosas, los discos con las nueve sinfonías de Beethoven, las tiendas de antigüedades, los vinos de Burdeos, las golondrinas, los tapices flamencos, todo Verdi, el ajedrez, los telescopios, las catedrales góticas, los estadios de fútbol, la *Piedad* de Miguel Ángel, los mapas, las ruinas del Foro Trajano, los automóviles, el arroz, las sequoias gigantes, el Partenón. Sólo había máquinas. Después, los hombres empezaron a notar que ellos mismos iban desapareciendo paulatinamente y que en cambio las máquinas se multiplicaban. Bastó poco tiempo para que el número de máquinas se duplicase. Las máquinas terminaron por ocupar todos los sitios disponibles. No se podía dar un paso ni hacer un ademán sin tropezarse con una de ellas. Finalmente, los hombres fueron eliminados. Como el último se olvidó de desconectar las máquinas, desde entonces seguimos funcionando.

Apocalipsis (II)

(también de Marco Denevi)

El fin de la humanidad no será esa fantasmagórica ideada por San Juan en Salmos. Ni ángeles, ni monstruos ni batallas en el cielo o en la tierra. El fin de la humanidad será lento, gradual, sin ruido, sin patetismo: una agonía progresiva. Los hombres se extinguirán uno a uno. Los aniquilarán las cosas, la rebelión de las cosas, la resistencia, la desobediencia de las cosas. Las cosas, después de desalojar a los animales y a las plantas e instalarse en todos los sitios y ocupar todo el espacio disponible, comenzarán a mostrarse arrogantes, despóticas, volubles, de humor caprichoso. Su funcionamiento no se ajustará a las instrucciones de los manuales. Modificarán por sí solas sus mecanismos. Luego funcionarán cuando se les antoje. Por último, se insubordinarán, se declararán en franca rebeldía, se desmandarán, harán caso omiso de las órdenes del hombre. El hombre querrá que una máquina sume, y la máquina restará. El hombre intentará poner en marcha un motor, y el motor se negará. Operaciones similares y cotidianas como encender la televisión o conducir un automóvil se convertirán en maniobras complicadísimas, costosas, plagadas de sorpresas y de riesgos. Y no sólo las máquinas y los motores se amotinarán: también los simples objetos. El hombre no podrá sostener ningún objeto entre las manos porque se le escapará, se le caerá al suelo, se esconderá en un rincón donde nunca lo encuentre. Las cerraduras se trabarán. Los cajones se aferrarán a los montantes y nadie logrará abrirlos. Modestas tijeras mantendrán el pico tenazmente apretado. Y los cuchillos y tenedores, en lugar de cortar la comida, cortarán los dedos de quienes los manejan. No hablemos de los relojes: señalarán cualquier hora. No hablemos de los grandes aparatos electrónicos: provocarán catástrofes. Pero hasta el bisturí se deslizará, sin que los cirujanos puedan impedirlo, hacia cualquier parte y el enfermo morirá con sus órganos desgarrados. La humanidad languidecerá entre las cosas hostiles, indóciles, subversivas. El constante forcejeo con las cosas irá minando sus fuerzas. Y el exterminio de la raza de los hombres sobrevendrá a consecuencia del triunfo de las cosas. Cuando el último hombre desaparezca, las cosas frías, bruñidas, relucientes, duras, metálicas, sordas, mudas, insensibles, seguirán brillando a la luz del sol, a la luz de la luna, por toda la eternidad.